

SOÑAR EN SITUACIÓN TOTALITARIA¹

Jean – Max Gaudillière

Charlotte Beradt

The Third Reich of Dreams.

Chicago, Quadrangle Books, 1968, 177 p.

Nils Johan Lavik et al.

Pain and Survival. Human Right Violations, and Mental Health.

Scandinavian University Press, 1994, 244p.

La única persona en Alemania que todavía tiene una vida privada es la que duerme.

Robert Ley, NS-Reichsorganisationsleiter, 1938

«Eran casi las nueve de la noche. Mis consultas habían terminado y estaba a punto de recostarme sobre el diván para descansar con un libro sobre Matthias Grünewald, cuando de golpe los muros de mi habitación y después los de mi departamento desaparecieron. Miré alrededor y descubrí con horror que, hasta donde llegaba mi vista, ningún departamento tenía muros. En ese momento, oí un altoparlante que gritaba: “En aplicación del decreto del 17 de este mes respecto a la Abolición de Muros...”»

Uno podría leer allí sólo el texto de una pesadilla – capaz, por ejemplo, de suscitar el terror en un cuento fantástico - de un soñador ansioso por despertarse pronto, si no se reparara en la fecha en la que este último la produjo: 1934. Desde hace un año, el autor del sueño, un médico

¹ Jean-Max Gaudillière, *Rêver en Situation Totalitaire*, Revista CRITIQUE, Agosto-Septiembre 1997, Nº 603-604. Traducción al español de Carla Sandoval y Roberto Aceituno.

bien real de cuarenta y cinco años, vive bajo el régimen del Tercer Reich. Hitler acaba de procurarse los medios legales para comenzar oficialmente su proyecto totalitario. Los pueblos y los gobiernos, atemorizados o inconscientes, entran a su vez en una ceguera increíble y en una pasividad cómplice que los hundirán en la vergüenza y el horror ante el despliegue armado tan poco anticipado. Incluso en Alemania, en lo más profundo de un antisemitismo corriente que no deja de interrogar a los historiadores del Holocausto, cada uno se organiza para continuar viviendo en su errancia. El proyecto totalitario se ubica en posición de controlar todos los actos y pensamientos efectuados en la esfera pública, y no se detendrá en ampliarse cada vez más hasta llegar a conquistar la intimidad familiar, romper los lazos filiales, violar las notas escritas furtivamente en un cuaderno secreto. Robert Ley, de quien cité en el epígrafe una frase terrible, afirma en 1938, en Munich: «en Alemania, ya no hay asuntos privados. Si usted se duerme, ese es su asunto privado, pero desde el momento en que despierta y entra en contacto con otra persona, debe recordar que es soldado de Adolf Hitler» ...

Así, el dormir y los sueños parecen oponer un último muro de resistencia. Y el impresionante trabajo testimonial efectuado por Charlotte Beradt entre 1933 y 1939 nos invita a reflexionar, como también a la luz de algunos sueños-testigos que nos fueron transmitidos o que produjimos nosotros mismos a través de las producciones transferenciales de la locura, sobre las particularísimas características de esas producciones del inconsciente en el contexto de una situación traumática y totalitaria.

*

No es primera vez que una guerra conduce a retomar la cuestión de ciertas producciones oníricas, planteando nuevas referencias para responderlas. Para responderlas activamente y a tiempo, evitando la ceguera parcial – o, mejor dicho, total en semejante contexto- que parece afectar incluso a los *Souvenirs d'un Européen* de Stefan Zweig. Éste escribe, algunas semanas antes de darse muerte en febrero de 1942: «ya que me esfuerzo por permanecer tan sincero como sea posible, debo confesarles que todos nosotros, en Alemania y en Austria, no hubiéramos creído jamás posible en 1933 y aún en 1934, ni un centésimo, ni un milésimo de lo que, sin embargo, estalló algunas semanas más tarde».² Por cierto, como el autor lo escribe en el prefacio, «todos fuimos forzados a ser testigos». Pero todo pasa como si la teoría de la memoria, del olvido, de lo inconsciente a su disposición, no le permitiera *ver* la naturaleza de las fuerzas que trastocaron para siempre el curso de la historia y que en dos oportunidades quebraron el curso de su vida.

«Soy consciente de las condiciones desfavorables, pero características de nuestra época, en las que me propongo dar forma a mis recuerdos. Los redacto en plena guerra, los redacto en

² Stefan Zweig, *Le Monde d'hier. Souvenirs d'un Européen*, nueva traducción de S. Niemetz, Paris, Belfond, 1993, p. 447. (Publicación en español: Stefan Zweig, *El Mundo de Ayer: Memorias de un Europeo*. Editorial El Acantilado, 2002).

el extranjero sin la menor pieza de archivo que pueda auxiliar mi memoria [...] Pero nuestra generación aprendió a fondo el excelente arte de hacer su duelo por lo que se ha perdido, y quizás esa falta de documentos y de detalles se convierta en una ventaja para mi obra. Porque considero que no es por azar que nuestra memoria retenga *tal* elemento y deje que *tal otro* se escape: la considero como una potencia que ordena su material con conocimiento de causa y lo escoge con sabiduría. Hace mucho tiempo que un secreto instinto condenó al olvido todo lo que se olvida de la propia vida. Sólo lo que yo mismo quiero conservar tiene el derecho a ser conservado para otro. Hablen entonces y elijan, oh mis recuerdos, ustedes no yo, y presenten al menos un reflejo de mi vida antes de que se oscurezca en las tinieblas»³

Este testamento nos habla de la urgencia de actuar: con tal concepción del olvido fundado sobre la represión, parece que sólo la muerte voluntaria con la que Zweig concluye en acto la escritura de sus memorias puede inscribir *lo imposible de ver*.

Sin embargo, recordemos que Freud, con ocasión de la primera guerra mundial, se vio obligado a reformular algunos rasgos de su teoría del sueño concebido como la realización de un deseo reprimido; y por lo tanto, producir una nueva concepción de lo inconsciente. Los sueños traumáticos, como se los llama, que asaltan cada noche a un excombatiente alcanzado físicamente por la explosión de un obús o de una granada, o marcado de por vida por la muerte, cerca de él, de su compañero de combate, no encajan con la idea de la realización de un deseo. Ludwig Wittgenstein, que había combatido en el frente en la misma guerra de 1914, señalaba a veces, en su diálogo abrupto e ininterrumpido con el psicoanálisis, que veía a ciertos sueños como la expresión de temores más que de deseos, y que hubiera podido construir sobre la idea de temores reprimidos una interpretación de los sueños tan convincente como la de Freud.⁴ En diciembre de 1929, radicado en Inglaterra y confrontado a las amenazas antisemitas que se manifestaban en su país de origen, produjo públicamente un sueño de este género, explícitamente referido a las condiciones de terror totalitario. El relato de este sueño se encuentra en una carta a Moritz Schlick, fechada el 1º de diciembre de 1929, que traduzco a partir del alemán y de la versión inglesa publicada por Ray Monk:

Un sueño extraño.

Veo en un periódico ilustrado una fotografía de Vertsagt, que es el héroe del momento de quien tanto se habla. La foto lo muestra en su automóvil. La gente habla de sus actos innobles; Hänsel está de pie a mi lado, y también otra persona que se parece mucho a mi hermano Kurt. Éste dice que Vertsag [*sic*] es judío, pero que recibió la educación de un rico lord escocés. Ahora es un líder obrero [*Arbeiterführer*]. No ha cambiado su nombre porque allí no se acostumbra. Para mí es nuevo que ese Vertsagt, que yo pronuncio con acento en la primera sílaba, sea judío, y veo que su nombre es simplemente *verzagt* [«cobarde» en alemán]. No me sorprende que esté escrito con

³ Ibid., p. 15.

⁴ Ver *La folie Wittgenstein* de Françoise Davoine, Paris, EPEL, 1992, p. 14 (versión en español, *La Locura Wittgenstein*, ed. EDELP, 1993)

«ts» que veo impreso en letras un poco más gruesas que las otras. Pienso: ¿entonces hay un judío detrás de toda indecencia? Ahora, Hänsel y yo estamos en la terraza de una casa, quizás el gran chalet de Hochreit, y en la calle llega Vertsag en su automóvil; tiene un rostro malévol, los cabellos rubios ligeramente rojos y un bigote del mismo color (no parece judío). Abre fuego **con** su ametralladora contra un ciclista que está detrás de él y que se retuerce de dolor en el suelo, alcanzado por muchas balas. Vertsag continúa su marcha, y luego llega en bicicleta una joven de aspecto miserable; él dispara también contra ella mientras sigue su camino. Y esas balas, cuando alcanzan su pecho, hacen el ruido del agua hirviendo, como una marmita casi vacía sobre el fuego. Sentí pena por la joven y pensé que sólo en Austria esta joven no encontraba ayuda ni compasión; las personas la miraban sufrir y morir. Yo mismo tengo miedo de ayudar porque temo que Vertsag me mate. Me acerco a ella pero trato de esconderme detrás de una tabla. Inmediatamente me despierto. Debo agregar que durante la conversación con Hänsel -primero en presencia de la otra persona y luego, después que ésta se fue - estoy molesto y no tengo ganas de decir que yo mismo soy descendiente de judíos, o que el caso de Vertsag es también mi propio caso”.⁵

Una deformación progresiva, que se prolongará al en el sueño con el neologismo *pferzagt*, afecta la ortografía del nombre propio y conduce de la cobardía a la renegación (*Versagung* es también la palabra freudiana para la denegación): estos deslizamientos designan la confusión que experimenta Wittgenstein ante el abandono del judaísmo por parte de sus ancestros, algunas generaciones atrás, y que se ve súbitamente actualizado por la progresión de las ideas y de los hombres del partido nazi. Pero retengamos sobre todo la fecha de producción del sueño, así como el carácter público (de llamado al público) que le confiere Wittgenstein transmitiéndolo por carta a un amigo.

En cuanto a la teoría freudiana del sueño, es cierto que sus reformulaciones contemporáneas a la guerra, después de la escalada de nuevos peligros, no han tenido la repercusión necesaria - al menos en la práctica de los psicoanalistas y en los comentarios que ellos producen al respecto. Es preciso señalar, como una primera referencia, en qué medida las consideraciones a las que Freud se ve obligado, a causa de su rigor clínico, frente a los sueños de los soldados heridos, están ligadas a las elaboraciones transferenciales del campo de la locura. Entonces, ¿habrá que sorprenderse que desde ciertas perspectivas la psiquiatría militar de los traumas, en Estados Unidos y en Francia (ver la obra del Dr. Claude Barrois), mantenga viva una aproximación propiamente psicoanalítica?

Freud insistió muchas veces sobre el hecho de que no hay que reducir lo inconsciente a la suma de las represiones. «Todo lo que es reprimido es inconsciente, pero no podemos afirmar que todo inconsciente sea reprimido», escribía en 1907 en su comentario a la *Gradiva* de Jensen abordando las tierras del delirio y de la locura. En 1919, en el famoso artículo sobre «Lo Ominoso» pone especial cuidado en distinguir lo reprimido de lo «superado», y vuelve al tema en pleno período nazi, mientras trabaja los últimos detalles de su *Moisés*.

⁵ Ray Monk, *Ludwig Wittgenstein, The Duty of Genius*, Londres, Penguin Book, 1990, p. 612 y 279. (traducción al español: Ray Monk, *Ludwig Wittgenstein*, ed. Anagrama, 2002)

Una segunda modificación de la teoría, sobre un mismo fondo de violencia, remite a los acontecimientos traumáticos en la vida de Freud mismo. En 1914 y luego en 1917, conoce los primeros signos de su cáncer. En enero de 1920, su colega y amigo Anton Von Freund, que había ayudado a su subsistencia durante ese período difícil, muere de un cáncer en medio de atroces sufrimientos. Algunos días más tarde, su propia hija Sophie se enferma y muere el mismo día, a los veintisiete años, de una neumonía gripal fulminante. En junio de 1923 muere Heinele, el hijo más pequeño de Sophie, a quien Freud tenía un especial cariño. Un total desarreglo, una desinvestidura afectiva, aparece en una carta de 1926 a Binswanger en la que Freud responde al anuncio de la muerte del hijo de este último. A partir de 1923, el cáncer se confirma; sufrimientos y exigencias quirúrgicas traumatizantes se repiten - pensemos que muy pronto el enfermo casi ya no podrá comer en público y que incluso el hablar le será difícil. Sin duda, debemos mirar de manera diferente su máscara de impasibilidad, que determinó hasta el mimetismo de los pacientes que se convertían en la segunda generación analítica.

A pesar de las denegaciones poco convincentes, estos golpes de la vida cotidiana tienen un efecto permanente y profundo; a otro nivel que los estragos de la guerra, las pruebas familiares y médicas llevan a Freud a entrar transferencialmente de otro modo en el campo del trauma y a elaborar teóricamente la noción más discutidas de su obra: la pulsión de muerte. Desde el principio, algunos discípulos toman distancia de este concepto extraño; aún hoy en día, los analistas tratan de evaluarlo de manera estadística para descalificarlo y concluyen seriamente que ochenta años de práctica analítica no permiten probar la realidad clínica de esta producción freudiana - a la que, sin embargo, Freud permanece ligado hasta el final. Contentémonos con señalar que sin la realidad del trauma, a la que conviene dar en tal contexto toda su extensión, la idea misma de pulsión de muerte deja de ser necesaria. Y acerquemos esos cuatro puntos de referencia: realidad de trauma, locura, carácter de testimonio público del sueño, situación violenta y totalitaria, para volver a esos sueños que interrogan de manera tan particular al analista y a la transferencia.

*

Es necesario precisar las condiciones en las cuales Charlotte Beradt recopila, a partir de casi trescientas personas, los textos de algunos de sus sueños durante los años treinta en Alemania. Ella no es analista, pero el contenido particular de ciertas producciones oníricas que le son relatadas - en primer lugar de su entorno, confrontado a los datos sociales, históricos y políticos de momento - la incita a comenzar su colección secreta. Rápidamente, su proyecto la liga a otros informantes, que le remiten el resultado de su propia recopilación. ¿Hace falta hablar de una primera red de resistencia, atenta a las producciones inconscientes y a la necesidad de testimoniar ante la Historia?

Charlotte Beradt conserva la huella de los sueños codificando sus rasgos más comprometedores, porque la historia que está en vías de construirse invade ciegamente, sin deformarlo, al texto onírico. Una transcripción prudente transforma a Hitler en «el tío Henri», al partido nazi en «la familia», etc.; los textos son escritos en hojas sueltas que se insertan entre

las páginas de los libros de la biblioteca de la autora. Cuando siente que la situación se vuelve demasiado peligrosa, Charlotte Beradt huye a América y se hace remitir sus obras. De este modo puede reunir el conjunto de los testimonios cuidadosamente recogidos. Pero la vocación pública de esos sueños, evidente ya en cada una de sus etapas – producción, conservación, codificación, transporte - no se realiza plenamente sino al tomar forma de libro, publicado en primer lugar en Alemania en 1966 y traducido luego en los Estados Unidos en 1968. Sólo entonces el testimonio encuentra su horizonte universal, sobre todo cuando, volviendo a atravesar las fronteras, retorna a Alemania y es comentado principalmente por Reinhardt Koselleck. Este historiador, cuya familia había sido atravesada por las divisiones trágicas del nazismo y de la resistencia al totalitarismo, se había hecho conocer en los años cincuenta por sus estudios sobre los universitarios de Heidelberg durante el período hitleriano; le debo el haber conocido, a través de su libro *Le Futur Passé*⁶, la existencia del testimonio de Charlotte Beradt - que es tiempo de hacer volver, o de hacer entrar en la comunidad analítica.

Delicado intento, a juzgar por la nota final del libro de Charlotte Beradt. En efecto, el editor solicitó un comentario al psicoanalista que parecía el más calificado para acoger tal obra: Bruno Bettelheim, judío vienés que conoció el Anschluss, que sufrió la prueba de los campos de concentración y de exterminio y que, emigrado a los Estados Unidos, extrajo de eso explícitas enseñanzas para fundar su práctica de psicoanalista con niños autistas y esquizofrénicos. Ahora bien, el autor de *La Forteresse vide*⁷ relata, en esta ocasión, un increíble certificado de incompreensión: con una gran rigidez teórica, como para protegerse, subraya que los sueños relatados en el libro no podrían constituir más que una serie de «contenidos manifiestos»; que su recolección fuera de la transferencia, fuera de la técnica de la asociación libre, a partir de relatos de personas que no son pacientes, no permite prejuzgar lo que, en su opinión, habría podido emerger como contenido latente. Bettelheim sugiere incluso la hipótesis de que el personaje de Hitler, que aparece sin cesar en esos textos, podría ocupar perfectamente, en ciertos casos, ¡la banal posición de un padre castrador!

Portadores de referentes totalitarios, los sueños testigo de este período – o de períodos más recientes – tienen una estrecha relación con los relatos de refugiados políticos reunidos por Nils Johan Lavik y sus colegas noruegos, atentos a lo que se muestra siempre cuando la locura hace estrago⁸: una característica común define estos actos de inscripción primera. Sus aristas son vivas, sus bordes totalmente precisos, no se requiere ninguna asociación para profundizar su

⁶ Publicado en Alemania en 1979; traducido al francés por Jochen y Marie-Claire Hoock, París, Ediciones de la Escuela de Altos Estudios, 1990 . (traducción al español: *Futuro Pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós Ibérica, 1993)

⁷ Bruno Bettelheim, *La Fortaleza Vacía. Autismo Infantil y el Nacimiento del yo*, Paidós Ibérica, 2001

⁸ Señalo de paso la riqueza del libro de Gaetano Benedetti, *La Mort Dans l'âme. Psychothérapie de la schizophrénie, existence et transfert*, traducción al francés. Paris, Ediciones Érès, 1995, 380 p. (Sin traducción al español)

sentido. Y si por casualidad se presenta la ocasión de volver a contarlos muchos años o decenios después de su producción, regresan idénticos, o casi idénticos. «Estos sueños políticos, escribe Charlotte Beradt, eran particularmente intensos, sin complicación, perfectamente precisos; más aún, estaban claramente delimitados, poseían elementos compuestos de una manera generalmente coherente, con una historia o incluso una escena, que los volvía fácilmente recordables. Y en realidad permanecían en la memoria, a pesar de la tendencia general a olvidar los sueños, sobre todo aquellos que más nos molestan». Porque precisamente se trata de inscribir lo que no *debe* ser olvidado.

Estos sueños dan así una primera forma textual a lo que no tiene ni nombre ni imagen, pero cuya realidad estalla o estallará en cada punto del lazo social. Con su objetividad histórica, estas producciones oníricas, deben ser consideradas del lado de un *sujeto*, ellas son responsables de garantizar la supervivencia - y que, por tanto, sigue siendo irreductible al funcionamiento de un psiquismo individual, al que dio lugar el inconsciente de lo reprimido. El recorte preciso de estos textos testimonio de zonas donde la inscripción contornea su objeto, con criterios muy similares a los del objeto.

Las fuerzas presentes se revelan gigantescas, las palabras de la tribu no pueden todavía asegurar su destino de significantes. Porque tales momentos de falla en la historia y en la sociedad no podrían ser inscritos con nuestros instrumentos habituales. La locura es el marco normal de este tipo de empresa, forjado por las fuerzas del *doble vínculo*: «soñé que estaba prohibido soñar, pero soñé de todos modos...». Sueños, por así decirlo, dictados a sus autores por la dictadura. De modo que sus imágenes podrían ayudar a describir la estructura de una realidad a punto de volverse pesadilla: ver el primer capítulo de Charlotte Beradt, «Cómo esto comenzó». Se trata, como lo escribe sabiamente Koselleck, de la «*Semántica histórico-política de los conceptos antónimos asimétricos*»⁹ El trabajo de Charlotte Beradt, al relevar a los autores de sueños, testimonia del empuje de este tipo de concepto asimétrico en una empresa totalitaria, y del descubrimiento de su insuficiencia cuando se trata de entrar en los territorios radicalmente nuevos, inaccesibles a las técnicas habituales del conocimiento. Reconocemos allí claramente la empresa misma de la locura.

*

Lo que sigue se deduce de estas premisas. Una materia textual aparece claramente, los significantes ya no disponen de la posibilidad del olvido: hemos visto que esa era la apuesta prioritaria del acto de soñar. Saltan entonces las convenciones de la flecha del tiempo. No es sorprendente, en el *a posteriori* de la historia escrita por los historiadores, la precisión con la que los soñadores habían pre-visto: antes que ridiculizarlos por un don de doble vista, cuando la simple vista desfallece, es necesario hablar de pre-ciencia. Sus sueños edifican una empresa de

⁹ Título de uno de los capítulos de *Futuro Pasado*, op. cit

conocimiento justo antes de la ciencia, la única posible en zonas donde sólo la impresión es digna de fe, cuando todos los referentes han sido ya colonizados por la voluntad de poder.

Probablemente de allí provenga la resistencia de los analistas (cuya naturaleza es muy diferente). Como este tipo de producción onírica testimonia de un inconsciente «que no es el de la represión», compromete procesos transferenciales particulares, donde la identidad de cada uno ya no está asegurada, y donde cada *significante en lo real* – si podemos atrevernos a plantear esta paradoja – actúa como un verdadero canal de coincidencias que conduce al clínico a elecciones no menos paradójales; tendrá que hablar, e incluso hablar de catástrofes socio-históricas en las que su propio linaje hicieron la experiencia ayer, o mañana. Es decir que deberá aparecer como el Otro, autenticando a partir de su propia experiencia con respecto a la historia, la precisión y hasta las técnicas de conocimiento inhabituales practicadas por quien *le* habla. ¡Qué riesgo! ¡Qué abandono de la sacra-santa neutralidad!

Pero parece claro que sin ese enorme reconocimiento, tales testimonios están destinados a permanecer como letras muertas. Son ellas las que matan.